

Homilía para el Domingo de Ramos

Hermanos míos, a lo largo de los siglos, se han pronunciado muchos sermones que proclaman los misterios de nuestra fe con más elocuencia de lo que yo pueda hacerlo. Durante estas grandes fiestas del Año eclesiástico, algunos de estos sermones se ofrecen en el Oficio de Lecturas de la Liturgia de las Horas. De vez en cuando los leo para ustedes como la homilía. Hoy me siento atraído por uno de ellos. Espero que les sirva tanto como a mi.

Se trata de un comentario a los salmos realizado por San Agustín en el siglo IV (cuarto).

En ella, habla de Cristo como Totalmente Dios y Totalmente Hombre, y de cómo Jesús reza por nosotros y en nosotros y es el motivo de nuestras oraciones. Lo que vincula esta reflexión con la lectura del Evangelio de hoy es esa famosa frase que Nuestro Señor grita en la cruz, del verso inicial del Salmo 22 (veintidós): *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*.

==_==_==_==

No pudo Dios hacer a los hombres un don mayor que el de darles por cabeza al que es su Palabra, por quien ha fundado todas las cosas, uniéndolos a Él como miembros suyos, de forma que Él es Hijo de Dios e Hijo del hombre al mismo tiempo, dios uno con el Padre y hombre con el hombre, y así, cuando nos dirigimos a Dios con súplicas, no establecemos separación con el Hijo, y cuando es el cuerpo del Hijo quien ora, no se separa de su cabeza, y el mismo salvador del cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es el que ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros.

Ora por nosotros como nuestro sacerdote, ora en nosotros por ser nuestra cabeza, es invocado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en Él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros.

Por lo cual, cuando se dice algo de nuestro Señor Jesucristo, sobre todo en profecía, que parezca referirse a alguna humillación indigna de Dios, no dudemos en atribuírsela, ya que Él tampoco dudó

en unirse a nosotros. Todas las criaturas le sirven, puesto que todas las criaturas fueron creadas por Él.

Y así, contemplemos su sublimidad y divinidad, cuando oímos: *En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho; pero, mientras consideramos esta divinidad del Hijo de Dios, que sobrepasa y excede toda la sublimidad de las criaturas, lo oímos también en algún lugar de las Escrituras como si gimiese, orase y confesase su debilidad.*

Y entonces dudamos en referir a Él estas palabras, porque nuestro pensamiento, que acababa de contemplarlo en su divinidad, retrocede ante la idea de verlo humillado; y, como si fuera injuriarlo el reconocer como hombre a aquel a quien nos dirigíamos como a Dios, la mayor parte de las veces nos detenemos y tratamos de cambiar el sentido; y no encontramos en la Escritura otra cosa, sino que tenemos que recurrir al mismo Dios, pidiéndole que no nos permita errar acerca de Él.

Por tanto, despierte, y manténgase vigilante a nuestra fe, comprenda que aquel al que poco antes contemplábamos en la condición divina aceptó la condición de esclavo, asemejado en todo a los hombres e identificado en su manera de ser a los humanos, humillado y hecho obediente hasta la muerte; pensemos que incluso quiso hacer suyas aquellas palabras del salmo, que pronunció colgado de la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Por tanto, es invocado por nosotros como Dios, pero Él ruega como siervo; en el primer caso, le vemos como creador, en el otro como criatura; sin sufrir mutación alguna, asumió la naturaleza creada para transformarla y hacer de nosotros con Él un solo hombre, cabeza y cuerpo. Oramos, por tanto, a Él, por Él, y en Él, y hablamos junto con Él, ya que Él habla junto con nosotros.

==_==_==_

Este pasaje de San Agustín va seguido en el Oficio de Lecturas de un breve Responsorio que utiliza versos del capítulo 16(dieciséis) de Juan sobre Cristo, nuestro gran intercesor:

"Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre, pedid y recibiréis para que vuestra alegría sea plena. Os prometo que el Padre os dará todo en mi nombre."